

Animales de costumbres



ANIMALES DE COSTUMBRES
GUILLERMO ZAPATA



PLASSON & BARTLEBOOM

*Para Ale y para Woki,
la utopía en medio de esta distopía.*

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2026

© del texto, Guillermo Zapata, 2026

© Plasson e Bartleboom, S.L., 2026

Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD

28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-46-0

DEPÓSITO LEGAL: M-9452-2026

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Sharelost Homes

MAQUETACIÓN: María O'Shea

CORRECCIÓN: Estela Gómez y Ana del Amo

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Cada herida que no me curo
acabará conmigo en el futuro.
¡Hola, destrucción!

LOS PUNSETES
«HOLA, DESTRUCCIÓN»

—¡Hay algo en la niebla! —gritó.

STEPHEN KING
LA NIEBLA

Índice

EL MUERTO	11
LA FISGONA	31
LA FEMME FATALE	66
EL TAHÚR	113
EL DETECTIVE	166
EL CABEZA DE TURCO	217
EL ASESINO	268
LA DAMISELA EN APUROS	320
AGRADECIMIENTOS	373

EL MUERTO

Se llamaba Titán y estaba tumbado sobre el césped del jardín en la zona delantera del chalet. Sus ojos se entregaban a la nada. Tenía las patas rígidas y la lengua fuera, hinchada, bulbosa. En las fauces una especie de vómito amarillento teñido de restos de barro. En el cuello el bulto deforme de algo grande que le había ahogado hasta matarlo.

Era un perro de aguas de buen tamaño y color parduzco, con el pelo largo, rizado y «muy gracioso». Así al menos lo definían sus dueños, que en alguna ocasión también habían usado la expresión «Tener el pelo como el de un hippie» a modo de broma. Una broma que le trasladaba al perro un carácter rebelde que no podría estar más lejos de la realidad. Titán, en términos generales, no podría ser más dócil. Aunque es posible que sus actos de rebeldía (sin duda inconsciente) podrían muy bien ser el motor de la situación en la que ahora se encontraba. Es decir: muerto. Pero su vida cotidiana estaba atravesada por la docilidad y por una alegría propia de quien carece de preocupaciones y solo conoce el entusiasmo. En cualquier caso, sus dueños insistían en lo de «El hippie» porque a todo el mundo le gusta pensar que hay un cierto aire inconformista a su alrededor, aunque sea en el pelo.

La mañana en la que Titán apareció muerto,¹ el polvo naranja se encontraba activo en un porcentaje de más del siete por ciento. Eso habían dicho en el boletín de noticias de las seis de la mañana. Por encima del seis por ciento se consideraba una amenaza de tipo dos. Mucho para aquella época del año.

En la urbanización no entraba el polvo naranja (o gas naranja, a veces lo llamaban de una forma y otras de otra) gracias a un complejo sistema de ventilación que la envolvía como una enorme cúpula semitransparente. Ese descomunal dispositivo que protegía las diversas promociones de vivienda les había salido por un ojo de la cara, pero con matices propios de marca y fabricante era el modelo estándar en toda esa zona.

Mismas urbanizaciones, mismas piscinas, mismas casas, mismas familias, mismos perros y mismas cúpulas de protección. A pesar de una vocación extenuante por fingirse diferentes unas a otras, allí todo era básicamente lo mismo.

Habían elegido un sistema colectivo porque tener uno individual (chalet a chalet) ofrecía menos garantías de seguridad para todos. Además, el modelo individual salía mucho más caro. Así ganaban en protección, pero también en ahorro. Lo mismo pasaba con las zonas infantiles o con la piscina, pero no así con los jardines; cada casa tenía el suyo a pesar de que también había zonas verdes para el descanso y la práctica deportiva. Un jardín propio, no demasiado grande, pero lo suficiente para decir «esto es mío», como la extensión de la propia casa, como una lengua verde y, con suerte, algunas plantas. Un jardín que ahora tenía, además, un perro muerto.

1. Pues murió de madrugada, entre las tres y las cinco, según indicó la autopsia que, aparentemente, se celebró en el garaje trasero de la casa de Emilio, el presidente de la comunidad.

Porque el polvo naranja no había matado a Titán. El polvo naranja no había metido una bola de barro en el gaznate del pobre animal y le había dejado morir asfixiado. Una muerte horrible tanto para un ser humano como para un perro.

Titán contaba con ocho años de vida y un estado de salud excepcional. No se le conocían manías ni, por supuesto, enemigos. Nadie habría dicho, *a priori*, que Titán pudiera estar en peligro de muerte. Desde luego el propio Titán no lo pensaba, aunque a la luz de los acontecimientos, cabe pensar que ese era un planteamiento vital optimista. Era evidente que, al menos, había algo o alguien que quería a Titán muerto.

El cadáver había sido descubierto por Marcos, su dueño. Aunque no le gustaba esa expresión porque, al fin y al cabo, Titán ya era un miembro de la familia.

Sabremos más adelante lo que se le pasó por la cabeza a Marcos cuando vio a su perro muerto tendido en su pequeño jardín.²

Marcos se agachó un poco intentando encontrar un ángulo de visión compartido con su perro. Al encontrarse sus dos miradas no hubo ninguna duda de que solo una de las dos tenía vida en los ojos.

Al darse cuenta, Marcos se tapó la boca con la mano en un gesto ambiguo. No era sorpresa, no era del todo espanto y no era

2. No era tan pequeño. Todas las casas de la urbanización tenían los mismos metros cuadrados de jardín y todas tenían un acceso a similar distancia de la piscina que, sin embargo, se mantenía tapada con una lona y acumulaba hojas, charcos y una bandera que había salido volando del balcón de alguna casa y nadie se había preocupado en recoger. La casa que había perdido la bandera tenía ahora un cartel de «Se vende/Se alquila» y las persianas cerradas. Hay una historia relacionada con los dueños de esa casa y el motivo por el que está cerrada, pero no es la historia que estamos contando ahora. Aunque es bueno saber que su hija, de trece años, sigue en la urbanización.

pena. Era otra cosa, una especie de... constatación. Un *check* cargado de horror y un poquito, vamos a decirlo todo, de excitación.

La segunda persona que encontró a Titán fue Julia, la mujer de Marcos, que salió al jardín poco después que él. Sabremos más tarde lo que pensó Julia cuando vio a Titán, pero en ese momento tuvo una reacción distinta y, sin duda, más intensa y expresiva que la de su marido. Es posible que en las reacciones de cada uno se resume casi todo lo que debemos saber sobre el estado de ese matrimonio. Hasta Titán se había dado cuenta de que esa pareja ya no tenía nada dentro que la pudiera situar en una misma órbita. Titán lo sabía. Quizás lo supo antes que ellos mismos.

Julia chilló. Primero un chillido con forma de «A» y luego una suma de noes. Un petardeo de noes que la llevó desde la puerta de su casa, bajando por las escaleritas que hacían las veces de porche de piedra, hasta el jardín y, de ahí, al cadáver del animal.

Extendió los brazos hacia el perro con intención de abrazarlo hasta devolverle la vida, pero a mitad de camino vio el vómito en las fauces y se detuvo, dejando los brazos extendidos en una postura que podría indicar tanto un: «Dios, por qué te has llevado a nuestro perro» como un: «Mirad, aquí está nuestro perro muerto». Después se llevó las manos a la cara y, de rodillas ante el animal, rompió a llorar tapándose la boca e hipando. Muy dramática. Muy película italiana de los años cincuenta. Un poco *performance*.

Aún quedaba un miembro de la familia por descubrir lo sucedido. Alicia, su única hija, trece años camino de catorce. Alicia salió al jardín alertada por los murmullos exteriores y por los gritos iniciales de su madre.

Sabremos después lo que sintió Alicia al ver a Titán. Su reacción física fue, quizá, la que menos información aportaba

sobre lo sucedido, por carecer de exageración alguna o matices. Simplemente se quedó en la puerta y se podría decir que, por encima de todo, lo que estaba era pensando. También sujetaba al Señor Marrón con la mano derecha.

El Señor Marrón era su juguete favorito. Un oso de peluche gastado por el tiempo, con botones en el pecho como si su piel fuera un traje y los ojos esféricos y marrones dos canicas. También sabremos lo que pensó el Señor Marrón cuando vio todo aquello, pero en apariencia se limitó a cumplir a la perfección su papel de oso de peluche y se movió dando vueltas por el efecto de la gravedad y la oscilación que sufre todo cuerpo suspendido en el vacío.

Los chillidos de horror y sorpresa de Julia alertaron a algunos vecinos, que salieron a sus respectivos jardines y se pusieron de puntillas para superar los setos que separaban lo común de lo privado. Algunos pares de ojos emergieron a la izquierda de Titán y, a los pocos segundos, se escucharon los primeros exabruptos cargados de angustia.

La urbanización era una comunidad unida y el dolor se distribuía como una corriente eléctrica cuerpo a cuerpo, angustia a angustia. Muy pronto todo el mundo supo que algo iba mal. La muerte de un animal, un compañero, un amigo, dolía más que ninguna otra cosa.

Había otros tres perros en la urbanización y los dueños de esos perros se sintieron inmediatamente en peligro. En apenas diez minutos todo el mundo sintió como el miedo producía una especie de imán que los iba arremolinando alrededor de la puerta del chalet para buscar confort y tranquilidad en el grupo.

Unos veinticinco o treinta vecinos se apretujaron frente a la barrera infranqueable que era la puerta de acceso al jardín. Todos miraban a Marcos, esperando algún tipo de reacción por su parte que les permitiera entrar y, así, poder desparramarse

por el jardín. Marcos, sin embargo, tardó un poco en reaccionar y cuando lo hizo se movió hierático, como un androide desprovisto de emociones.

La puerta, en cualquier caso, se abrió; y el bloque amontonado pudo distribuirse como es debido.

Un par de señoras agarraron a Julia por los hombros y le ofrecieron unas sales (que fueron rechazadas). Una tercera mujer que las acompañaba no encontró hombro que agarrar y, simplemente, se puso al lado de Julia haciendo el gesto de levantarla, como si su mera presencia generara algún tipo de fuerza gravitatoria que sirviera de apoyo. Al comprobar que era inútil, la mujer se internó en la casa y se puso a lavar los platos que estaban en la cocina. Jamás había entrado en la casa de Marcos, Julia y Alicia, pero sintió una angustia tal al no encontrar sentido a su presencia en el jardín que no pudo evitar ponerse con ello y gritar «yo me encargo de los platos». Como si les pasara algo. Como si la suciedad de dos platos llanos y uno hondo y la muerte de Titán tuvieran algún tipo de conexión que hiciera que, al limpiarlos, las cosas fueran a ir mejor. Al encontrar acomodo a su angustia, la mujer se sintió inmediatamente bien. Quizá de eso se trataba. No estaban ahí solo para acompañar el dolor de sus vecinos, sino también para calmar sus propias ansiedades.

Un grupo de otras cuatro personas, tres hombres y una mujer, miraban al perro muerto y tenían hipótesis variadas sobre lo sucedido. Ninguna era buena, la verdad. Todo el mundo descartaba el accidente o la casualidad: Titán había sido asesinado.

La contundencia con la que fluían los morbosos argumentos iba acompañada de movimientos de hombros y formulaciones que empezaban con un tremendo ímpetu, pero no terminaban de ir a ninguna parte. Cosas del tipo: «No, si...», «Es que, a ver...», «Lo vengo diciendo yo...».

También había gente en silencio, poseedores de miradas nerviosas que radiografiaban todo a su alrededor y de manos que tapaban sus bocas en medio de un gesto congelado. También hubo quien, disimuladamente, quizá por curiosidad o quizá por nervios, propinó una patadita leve al perro para comprobar que, efectivamente, estaba muerto. Y así era.

Otros miraban a Marcos esperando algún tipo de liderazgo o autoridad sobre lo sucedido. No importaba si se trataba de incluirles, de expulsarles o de informales, lo importante era que, pasado el entusiasmo con el que la tromba vecinal se había introducido en el jardín, estaban llegando a un peligroso tiempo muerto en el que el conjunto empezaba a notar cierto vértigo.

Lejos de ese afán directivo, una vez había abierto la puerta el propio Marcos se mantenía allí de pie como si la cosa no fuera con él, o como si fuera tanto con él que estuviera totalmente sobrepasado por las circunstancias.

Alicia se puso de puntillas y dirigió una mirada por encima del seto, a la piscina. Sabía lo que estaba buscando y allí estaba. Siempre estaba allí.

Lucas.

Llevaba su sudadera de color azul, sus pantalones vaqueros y sus zapatillas de siempre, pero miraba a la muchedumbre con gesto de preocupación. Alicia levantó la mano para saludarle, pero el muchacho no la vio, o hizo como que no la veía. Alicia sintió que el Señor Marrón tiraba de ella hacia el interior y se marchó de allí.

Julia, acompañada de sus amigas de las sales, se sentó en las escaleritas de la entrada gimoteando y murmurando detalles inconexos de su vida con Titán. Cuando sintió que estaba algo más recompuesta, intentó encontrar la mirada de su marido y se puso en pie como impulsada por un resorte.

Miró a Marcos, que estaba aún sujetando la puerta, y le indicó con los ojos que debía hacer algo. Marcos le devolvió el gesto y se estableció una conversación muda entre ellos en la que hablaron no ya de cosas diferentes, sino en idiomas distintos. Alicia terminó la conversación silenciosa dando un golpecito con el pie derecho en el suelo, de puros nervios, y Marcos respondió con una sonrisa reconfortante. Ninguno parecía capaz de saber lo que el otro tenía en la cabeza. Julia paseó entonces la mirada por el jardín buscando a alguien que no estaba allí y sus ojos se apagaron un poco.

—¡No toquéis al perro! ¡No toquéis el jardín! ¡No toquéis nada!

Por el senderito de setos del camino, que conectaba unas viviendas con otras y que llevaba también hasta la calle, apareció Emilio —el presidente de la comunidad—. Sabremos más tarde lo que piensa de todo aquel revuelo siniestro. Iba andando con un aire marcial y, sobre todo, radiante de energía. Todo el mundo se sintió reconfortado con la presencia de una voz de autoridad que pusiera orden y dinamismo a una situación que se estaba estancando.

Emilio se adentró en el jardín y miró a su alrededor. De la muchedumbre inicial tuvo a bien separarse otro hombre, antes pura masa y ahora tan solo un poco más diferenciado del resto (no sabremos nunca lo que piensa de estos acontecimientos), que de manera inmediata ocupó la posición de compañero (y ayudante) de Emilio.

Se trataba de Juan, el administrador, que, según lo vio, se colocó a su espalda como un ciclista subiendo un puerto de montaña a rueda de otro más experimentado. Se cruzaron una mirada de compenetración absoluta. Eran dos piezas de un puzle que se otorgan sentido al juntarse.

—Por favor, ¡por favor! Marcos, Julia... Desolador. No va a quedar impune.

Hablaba señalando con el dedo, como un profesor dando una lección.

—Abriremos una investigación de inmediato —dijo dirigiéndose a la nada y a todos.

De entre la muchedumbre se distinguió otra persona de ojos enormes y mirada angustiada. ¿Qué quería decir esa mirada? ¿Disgusto? ¿Miedo? ¿Enfado? ¿Todo a la vez?

Era Carmen, la mujer de Emilio. También sabremos después lo que piensa de todo lo que está sucediendo —sobre todo en relación a la aparición de su marido— porque, al contrario que en ese momento, en el que intentó expresar todo lo que sentía usando solo los ojos, después lo haría de viva voz. No era el tipo de persona que se calla lo que piensa, pero había en sus iris un agujero más profundo que el que había generado la muerte (el asesinato) del pobre Titán. Carmen venía con su propio equipamiento de angustias y tumultos. Al verla allí parada junto al resto, Emilio tuvo un momento de tropiezo emocional y se quedó callado para, inmediatamente, recuperar su entusiasmo con energía renovada.

—Me encargaré personalmente de todo. Habrá informes puntuales cada día. Si es que la investigación se alarga más de veinticuatro horas, cosa que dudo, porque un crimen de esta categoría humana tan deplorable siempre deja un rastro en el cuerpo y el alma del asesino. Vecinos, amigos, vuelvan a sus hogares y tengan paciencia. Dejemos que Marcos, Julia y la pequeña... ¿Ana?

—Alicia —dijo Marcos, despertando de algún tipo de estado semicomatoso.

Al decirlo miró hacia atrás, como si hasta entonces no hubiera pensado en su hija, y comprobó que ella no estaba allí. ¿Había bajado? No estaba seguro.

—Alicia. La pequeña Alicia, pobre. Quizá sea necesario recurrir a la terapia. Esperemos que no. Esperemos que no. ¡Dejemos que estos amigos puedan recogerse e iniciemos la investigación! Si alguien necesita un permiso para no ir al trabajo que se lo pida al señor Domínguez.

Juan, el administrador, levantó la mano para informar al mundo de que seguía allí, con las constantes vitales intactas, pero algo debió de sonarle extraño y se acercó al hombro de Emilio de puntillas.

—No estoy autorizado para extender ningún tipo de permis...

Emilio movió el hombro y, con ese fugaz golpe de efecto, silenció a su colaborador y aliado.

La gente sintió que Emilio había marcado el fin de ese periodo de visitas y fue saliendo en silencio y volviendo a sus hogares.

Antes incluso de llegar a la puerta del jardín ya habían sacado sus dispositivos móviles y conversaban entre ellos en una caudalosa conversación telemática de hipótesis, rumores, chismes, grupos y subgrupos. Los grupos desbordaban luto y emoticonos de lágrimas, caritas tristes y gifs de perros. Los subgrupos, sin embargo, eran manantiales perfectamente estructurados de chismes, rumores e hipótesis sin comprobar en los que la casualidad se volvía causalidad y la imaginación desplegaba su poderoso oficio.

Muchos de ellos creían saber quién era el responsable de la muerte de Titán antes incluso de llegar al umbral de su puerta. Y si no sabían eso, sabían de pronto muchas más cosas sobre Alicia, Marcos y Julia. La mayor parte de esas cosas eran falsas. O al menos tenían una relación con la verdad muy colateral. Eran verdades mejores, más brillantes y jugosas. Verdades que no se decían por la boca, sino que se tecleaban y, a veces, incluso se borraban después, como si se hubiera llegado a un límite de lo prudente y no fuera adecuado dejar rastro de uno mismo.

Entre esas personas que abandonaron el jardín estaba Carmen, que parecía tener sus propios planes, ya que se acercó a su marido y le agarró del brazo con una enorme intensidad concentrada en la forma en la que sus pequeños dedos se agarraban a su traje. Sin embargo, Emilio también tenía su propio proyecto y no parecía incluirla a ella. Murmuró tres veces: «Ahora no, Carmen. AHORA NO» sin mover prácticamente la boca. Ella soltó su pinza y se marchó, diligente como un ninja.

En el jardín se quedaron Marcos, que aún sujetaba la puerta, de nuevo un tanto ausente, con su cabeza vagando por territorios que solo más tarde descubriremos de qué están poblados; Julia, quien había recibido la llegada de Emilio con una paz enorme que había hecho que, por primera vez, sus hombros se relajaran y sus lacrimales se secaran; y el tal Juan, el administrador, que no sabía exactamente si debía quedarse o marcharse y ejecutaba un trotecillo que impulsaba la pierna izquierda y la derecha alternativamente, como un personaje no jugador de un videojuego que se ha quedado atrapado en un *bug* y no sabe qué camino debe tomar.

Emilio sonrió afectuosamente a los «padres» de Titán y extendió sus brazos, invitándoles a entrar en su propia casa. Los dos se pusieron en marcha e hicieron lo que se les pedía. Juan caminaba detrás de ellos, pero Emilio tenía otros planes para él.

Sin mirarle siquiera, levantó su dedo directivo y dijo:

—En el garaje de la parte trasera de mi casa hay un arcón refrigerador. Es el que utilizo para guardar los refrescos de las barbacoas vecinales y las fiestas piscineras. Haz el favor y lleva al pobre Titán allí. Mi mujer te abrirá. Nos reuniremos tú y yo más tarde para practicar la correspondiente autopsia.

Hubo una pausa. Juan parpadeó. Insistió en el parpadeo como un electrodoméstico roto. La idea de palpar al perro muerto le llenó de inquietud.

Emilio se dirigió a Marcos y Julia con tono aclaratorio.

—Por supuesto, solo si estáis de acuerdo. Entiendo que queréis celebrar algún tipo de ceremonia por el pobre animal. Pero encontrar al culpable... Es prioritario.

Julia miró a Marcos. Marcos miró a Julia. Volvió a producirse ese intercambio de pareceres silentes en el que la una y el otro piensan cosas distintas que no saben cómo expresar y que son superadas por la fuerza de las circunstancias.

En ese caso, «las circunstancias» eran que Emilio se había hecho cargo de sus funciones como presidente de la comunidad y que estaba dando por hecho que, efectivamente, Juan iba a llevar al perro al arcón refrigerador.

—Perfecto entonces. No perdamos más tiempo —insistió Emilio—, las primeras horas son cruciales.

Entraron en la casa y cerraron la puerta.

Juan se quedó en medio del jardín sin saber muy bien qué hacer. No formaba parte de la masa de personas en las que de vez en cuando se confundía hasta borrarse y tampoco era el tipo de ayudante que le gustaría ser. Afloraron preocupaciones, inquietudes que debería haber compartido con Emilio hacía tiempo. Sintió también unas ganas enormes de que todo lo que estaba pasando se terminara, pero por encima de todo fue abrazado por la repulsión que le provocaba tocar a Titán.

A pesar de ello, se impusieron la obligación y el compromiso y cogió al perro en brazos. Cerró los ojos e intentó contener así, sin éxito, el olor que el cuerpo de la criatura empezaba a desprender. Le vino una arcada. Tenía que serenarse. Se dijo que era posible que el perro no desprendiera ningún olor aún, pero que el asco hubiera tomado control de sus sentidos. El peso del perro era llevadero, a pesar de la rigidez que le había generado su actual estado (ya permanente) de ausencia de vida.

Al levantarlo, a Juan se le manchó el chalequito azul con los restos del vómito de las fauces del perro. Le dio tal asco que casi lo dejó caer, pero se impuso un sentido del deber que le era, la verdad, desconocido hasta ese momento. De esa mañana, al menos, se llevaría esa sorpresa sobre sí mismo.

Caminó por el senderito que formaban las distintas especies arbustivas muy bien cortadas circunvalando la piscina. Ahí pudo ver al hijo del escritor, que estaba, como siempre, liando algo o embobado mirando a la nada. En esta ocasión era una mezcla de las dos cosas.

Le hizo un gesto con la mano, como quien aparta una mosca que no le deja dormir o le molesta al comer. La piscina estaba PROHIBIDA.

Ese puto chaval. Los putos chavales con su «no se sabe bien qué».

Sintió que estaba apretando los puños y que se le venía un mareo.

Era una persona un poco intensa, Juan, pero desde luego no era un asesino de perros. Podemos descartarle como sospechoso, aunque muy pronto se descartará él mismo de cumplir un papel mayor en esta historia.

Gritó al chaval. Parecía que estaba increpando a una paloma para espantarla. El chico giró la cabeza y le miró sin que Juan pudiera descifrar nada de lo que expresaban sus ojos. Le miró, pero no se movió. Siguió ahí, quieto, en la piscina, donde le había encontrado tantas otras veces, como si intentara darle forma a una ausencia, a un recuerdo negado.

Juan apretó el paso. El perro había pasado a un segundo plano en su cabeza. Quería resolver ese asunto rápido para volver a la piscina y sacar a ese chaval de allí YA. A hostias, si hacía falta. En este punto Juan tuvo hasta sentimientos propios, casi como un protagonista.

La casa de Emilio y la de Titán y su familia estaban algo separadas. La de Emilio estaba en la periferia exterior de la urbanización y era de las que tienen entrada directa con el coche desde la calle hasta los párking. Era la primera promoción, a la que luego se le añadieron otras dos manteniendo el nombre original: Valleluz I, Valleluz II y finalmente Valleluz III.

No había sustanciales diferencias entre el Valleluz original y los doses o los treses, salvo el garaje y que algunas casas de las nuevas promociones eran más grandes y estaban más separadas entre sí, con más terreno fuera. Las de la III, al menos, eran todas así, pero prácticamente no vivía nadie en ellas. Esa promoción había coincidido con el acontecimiento que trajo el polvo naranja y, con él, la quiebra de la empresa promotora. En la parte de arriba de la urbanización, la que lindaba con el bosque, no había nunca nadie y las casas, como monumentos a la derrota económica, tampoco invitaban a acercarse.

La casa de Emilio era tan igual a todas las demás y, a la vez, tan distinta, tan personal, que a Juan le resultó reconfortante. La propia presencia de Emilio se lo parecía. Por ejemplo: la casa tenía en el jardín una barbacoa y, al lado, una mesa que al parecer había hecho él mismo, consiguiendo artesanalmente que fuera igual que todas las mesas que se vendían en las grandes superficies que había antes de que el comercio Interweb se ocupara, en la práctica, del conjunto de las transacciones comerciales.

Juan llamó a la puerta a través de un timbre con un simpático mecanismo que reproducía una melodía de campanas. Tuvo que hacerlo hasta tres veces, cada vez con mayor insistencia y menor intervalo entre sonido de campanita y sonido de campanita.

Abrió la mujer de Emilio, que tenía los ojos hinchados y rojos y las manos con una especie de mancha blanca en la zona de los nudillos, signo que Juan reconoció inmediatamente como

el de alguien que —igual que hacía él cuando la angustia se apoderaba de su vida— apretaba los puñitos y lloraba sin parar. Sintió muchas cosas al ver a la mujer de Emilio rota por el llanto. Quiso acariciarle la cara y decirle que lo sentía, quiso abrazarla, acompañarla y cuidarla. Quiso decirle que no se preocupara. Que todo, fuera lo que fuera ese «todo», iba a salir bien. Pero lo que dijo fue:

—Vengo a traer al perro al arcón frigorífico. El del garaje de atrás.

Levantó el perro muerto como si hiciera falta recordar que había habido un terrible asesinato en la comunidad. Ella, al verlo, rompió a llorar delante de él, temblando como un flan al servirlo desde la nevera. Juan entendió entonces que se trataba de una angustia derivada de la muerte del pobre Titán. Era lógico. Había sido un palo para todo el mundo. Pensó en decirle que, al menos, su marido sería el encargado de resolver el caso y que eso podría reconfortarla en medio de toda esta situación.

Y en un torrente desbocado de emociones, como si el capricho narrativo le impulsara a coger más y más entidad como personaje, deseó añadir que entendía perfectamente que amara a su marido, que él también lo hacía. Que hacía tres años Emilio le había dejado un bañador y que no se lo había devuelto porque se lo ponía en la soledad de su casa y se frotaba hasta correrse pensando que de todas las personas de ese mundo oscuro y aterrado, su marido, precisamente su marido, lo había llevado puesto.

También pensó en proponerle que lo hablaran entre los tres y que encontraran una solución. Quizás él podría ponerse también ese vestido azul que ella llevaba y llenaba con sus formas redondeadas como el flan, o podrían cambiarse los papeles y ser, de alguna manera, los tres, una familia en la que ella pudiera ser

a veces un presidente de la comunidad y Emilio pudiera ser el secretario y él la mujer de ambos, y así sucesivamente... Pensó al mirarla a los ojos y verla llorando desconsolada que podrían incluso comprarse un perro juntos y que si eran capaces de abrir ese espacio en sus cabezas primero y en sus vidas después todo sería más fácil.

Entonces abrió la boca y aclaró: «El arcón de las barbacoas vecinales y las fiestas piscineras».

Perdió con ello toda posibilidad de formar parte de la historia de alguien, quedándose atrapado en la pequeña esquina que le pertenecía. Una decisión que, vista con cierta perspectiva, no traería nada bueno ni a Emilio ni a su mujer.

Eso era lo mejor de mirar el mundo desde los ojos de un perro muerto: con el pasado y el futuro pegados, viendo las biografías de los habitantes de Valleluz, pero también las posibilidades que se abrían como un caleidoscopio de luces y formas que poco a poco se iban cerrando, decisión a decisión. Las cabezas de los vivos están mucho más limitadas que las de los muertos. Y las de los seres humanos mucho más limitadas que las de los perros.

La mujer de Emilio señaló con el brazo al interior de la casa. Juan siguió la dirección del brazo y pasó al interior. Ella, con la puerta aún abierta, le señaló otra puerta, más al fondo, que parecía un armario. No habló, solo se la señaló. Juan fue hasta allí, abrió y descubrió unas escaleritas. Bajó por ellas y llegó al susodicho garaje, donde, efectivamente, estaba el arcón. Era un ataúd gélido con un par de bolsas de hielo y cinco latas de cerveza que llevarían ahí desde el verano. El frescor del hielo seco liberado al abrirse formó un poco de vapor.

Juan depositó a Titán en el interior con cuidado, dejándolo con las patas boca arriba en una pose antinatural. Lo giró un par

de veces para buscar una posición digna, pero no la encontró, así que, tras un par de intentos bastante ortopédicos, decidió dejarlo así. Abrió una de las bolsas de hielo y echó algunos cubitos (en realidad tenían una forma más bien redondeada y bastante grande, no eran «cubitos»), en un intento por añadir una capa más de frío a esa tumba helada que no tuvo mucho éxito, porque los cubitos resbalaban por el cuerpo de Titán y no conseguían cubrirle. Al final lo dejó a medio hacer y sintió un peso en el alma, como si aquello fuera la definición perfecta de su vida. Habría sido un buen momento para tomar algunas decisiones vitales, allí, delante de aquel perro muerto y ese arcón helado, pero en vez de eso usó un trapo que había en el garaje para retirarse del chaleco las machas de vómito y las babas, limpió también con cuidado las fauces de Titán y lo depositó todo en el interior de la bolsa de hielo, como si fuera la prueba de un juicio. Acto seguido cerró la tapa.

Digamos adiós a Juan. Su oportunidad como personaje en esta historia ha terminado.

Titán estaba solo, muerto, en el interior del arcón del garaje de Emilio.

Ya «no era».

Había tenido una buena vida en ese periodo de tiempo de apenas ocho años que había sido fecundo en momentos gozosos y a la vez formaba ya parte de la eternidad, que siempre es abrumadora.

Lo habían separado de su madre al poco de nacer y había ido a casa de Marcos, donde estaban él y su mujer Julia —a la que había intentado salvar de un peligro mortal en dos ocasiones—, que le sacaba de paseo, le daba de comer y, a veces, lloraba sentada en un banco a pesar de que Titán le intentaba lamer la cara y saltaba a su alrededor para animarla.

Había conocido a Alicia y al Señor Marrón. Nunca se llevó del todo bien con el Señor Marrón. Con Alicia era diferente, pero el Señor Marrón siempre andaba conspirando, pensando mal de todo el mundo y, sobre todo, metiéndole ideas tristes a Alicia en la cabeza. Ella era su persona favorita de todas las que había conocido y se sentía muy orgulloso de haberle enseñado las luces detrás del bosque y el agujero secreto. Aunque quizá, de alguna manera, aquello era lo que había provocado su muerte prematura.

Había conocido a la señora Berta, la madre de Julia, que había vivido en la casa dos años en los que casi no salía de la cama. Dos años en los que Titán, sin fallar un solo día, había protegido su sueño, tumbado junto a ella cada noche, dejando que su mano ya marcada por las arrugas le tocara los rizos del pelo hasta quedarse dormida.

Había pasado la mayor parte de su tiempo junto a Evelyn, hasta que, sin saber cómo o entender el porqué, le empezó a provocar una enfermedad que no entendía y ella comenzó a tratarle cada vez peor y peor, hasta un punto insoportable. Aun así la recordaba con cariño porque habían pasado también momentos muy buenos juntos. Y si se ponía a pensarlo, también momentos duros, como cuando los dos encontraron a la señora Berta fallecida en su cama.

Y había conocido a Marcos, su dueño, la persona que se encargó de él cuando le separaron de su madre. El ser humano más importante de su pequeño universo y del que, por desgracia, había ido separándose con el tiempo. Titán pensaba que no se debía a nada que él hubiera hecho, sino más bien a que Marcos estaba cada vez menos «allí», probablemente por cuestiones de trabajo.

La vida de Titán había sido una vida plena. Con momentos buenos, momentos malos y también algún secreto que había

logrado llevarse a la tumba. Por ejemplo, el día que encontró el agujero que le permitía salir de la urbanización, en una zona de la promoción III. Un día en el que también pudo conocer a Pluma, y a los Niños Perdidos de la Torre, y el Diamante. Pluma era una perra preciosa, que olía a sal y a peligro y le contó de las luces y el mar. Titán había estado con Pluma siete veces, y cinco de ellas, las cinco últimas, la había montado apasionadamente y ella le había dejado entrar en su cuerpo con alegría y pasión. Y luego ella había desaparecido y Titán se había quedado solo. Y a pesar de que sabía dónde estaba, muy probablemente, no había ido a buscarla. Se había dicho que era porque no podía abandonar a su familia: a Marcos, Julia, Alicia, Evelyn e incluso al Señor Marrón, a ninguno de ellos. Pero, en realidad, no estaba seguro de que ese fuera el motivo. Quizá no se había atrevido.

Había retomado su vida y estaba enfilando la vejez. Creía que podría vivir incluso otros ocho años más, con suerte. Pero algo había pasado. Algo que no era capaz de recordar bien. Recordaba el aroma de personas conocidas, recordaba haber comido y también la aparición de una sensación primero de mareo y luego de sueño y...

Y ahora estaba muerto. Sus emociones, su memoria, sus planes, su huella en esta tierra, las personas a las que había querido y que le habían querido, todo eso había sido agotado de forma violenta. A la tristeza por una vida que se termina, al sinsentido, se les une la violencia de que fuera otra vida la que había decidido poner fin a la primera.

¿Hay algo más autoritario que eso? ¿Más terrible?

Todos esos detalles estaban ya un poco borrosos en su mente. Su existencia fantasmal se estaba agotando. Los olores de sus seres queridos habían dejado de flotar a su alrededor. El adiós es eso, perder los olores de las personas a las que quieres.

No sabremos ya nada de lo que podría haber sido la vida de Titán. Todos aquellos a quienes protegía se habían quedado desamparados y la violencia, la extrema violencia, ahora campaba a sus anchas. O quizá no. Quizás él creía que los protegía de un peligro inminente y no era así en absoluto. Quizás, al protegerles, les había puesto en peligro.

Creía, en cualquier caso, que había cumplido con sus obligaciones, y había muerto con la angustia de que ese peligro que rezumaba el aire... seguía allí.

Quizás era un perro ingenuo y algo bobo, pero la ingenuidad, la torpeza, la tontería, la estupidez y el entusiasmo son también cosas valiosas. Es valioso perseguir una mariposa u oler un montón de mierda, o acercarte a algo que te asusta para tocarlo, aunque después de tocarlo te dé calambre o te arañe (no había habido gatos en la vida de Titán, pero si los hubiera habido, esto es lo que habría pasado con él y los gatos). O comer hasta reventar porque no tienes sensación de saciedad o ir a recoger una pelota que alguien te lanza solo para volver a recogerla cuando te la lance de nuevo. La falta de memoria y la repetición, las emociones primarias, sin elaborar, son los elementos que dieron sentido a su existencia.

Todo eso era valioso, no merecía ser arrancado y destruido. Y quizá, efectivamente, no había ningún peligro ahí fuera, o aquí dentro.

Pero, entonces, ¿por qué había muerto Titán?

LA FIGONA

Cuando sonó el teléfono Evelyn ya llevaba despierta tres horas.

Se había despertado a las siete, una hora más tarde de lo que era habitual en ella. Tras un primer impulso por salir de la cama en ese mismo momento, había decidido (con una sonrisa de satisfacción y un punto de desafío y orgullo) que no, que se iba a quedar descansando. Había estado cuarenta y seis minutos exactos sin hacer nada. Mirando al techo, disfrutando del peso de las mantas sobre su cuerpo, dando vueltas, dejando que el colchón (uno de los pocos elementos que había en el apartamento en el que no reparó en gastos) mitigara un dolor de espalda que a estas alturas de su vida se podría denominar «enfermedad crónica». No hacía falta una tele grande, una nevera de última generación, un sofá fabuloso o una suscripción premium de Interweb, pero hacía falta una cama decente.

«Es como comprar medicinas», decía siempre.

Después de los cuarenta y seis minutos se había levantado, había preparado un desayuno de cereales con doble capa de chocolate, tostadas, leche y café y había ido a despertar a Mario.

Evelyn notó que su hijo tenía dos sentimientos contradictorios peleando en su interior al ver que era su madre quien le sacaba de la cama. Uno era la alegría por sentir que le despertaba,